A solas con su valor

Jesús Torres Chavera

El Antonov viró con tal precisión y seguridad que el hombre-pista ni se inmutó. Ya conocía él la pericia de los pilotos de la Aeronaval.

El avión de gris fuselaje dejaba la losa de parqueo rumbo a la cabecera de la pista para decolar. La maniobra fue veloz, primero un corto correteo con el rugir de los motores a todo dar y, casi simultáneamente, el despegue. Al ganar altura nuestros cuerpos se inclinaron hacia popa, después retornó la verticalidad y el zumbido suave de los turbo-hélices.

Los hombres de casco negro y traje camuflado, a los que acompañaba, eran alumnos de paracaidismo de la Fuerza de Operaciones Especiales, en su primer salto; además se habían embarcado algunos paracaidistas "antiguos", en prácticas de rutina, y que también tenían a su cargo a los alumnos. Todos ellos bajo el mando de un destacado oficial naval, dueño de una experiencia invalorable ganada en años de duro entrenamiento.

Aquel, fue un día de intenso Sol, sin embargo creí que estando arriba sentiría frío, pero me equivoqué, porque progresivamente mi frente se perló de sudor, y en una rápida mirada comprendí que no sólo yo sentía calor, los "paracas" también transpiraban, seguramente el casco, la gruesa indumentaria y el equipo que llevaban encima los acaloraba más aun.

Siempre supuse que estos ejercicios se realizaban con cierta seriedad o rigidez, pero al ver a este grupo de FOES comprendí que el peligro no tenía por qué ser enfrentado con el ceño fruncido. Sentados allí a lo largo de ambas bandas la mayoría comentaba despreocupadamente de mil cosas. Sin embargo, los rostros de los novatos eran escrutados disimuladamente por los más experimentados, para tratar de ver algún indicio de duda o inseguridad. Entre ellos reconocí a viejos amigos de mirada serena y rasgos

curtidos, duchos en estos menesteres y que ahora tenían a su cargo a estos jóvenes que, un día no muy lejano, habrían de reemplazarlos en sus riesgosas misiones. Sería por ello que con tanto esmero les trasmitían los secretos adquiridos en cientos de saltos, no exentos, por supuesto, de mil anécdotas.

El avión ganaba altura mientras abajo las cuadrículas formadas por calles y avenidas se veían cada vez más diminutas. Un prolongado timbrazo anunció que la rampa para el salto empezaba a abrirse. Lentamente una fuerte luz acompañada de una bocanada de aire fresco y ruido inundó el interior del fuselaje, la gente guardó compostura menguando los comentarios... ¡La hora de la verdad había llegado para los novatos!

El tronar de una orden hizo que como un resorte se pusieran de pie y en fila los que iniciaban esta serie de saltos. Una última comunicación con el piloto confirmó que todo marchaba como debía para iniciar la primera pasada de estos valerosos de caída libre. Entonces el primer hombre en arrojarse al vacío se plantó a plomo frente al maestro de salto, bajó el lente sobre sus ojos, y levantando los brazos puso sus manos sobre la nuca para una corta y última inspección. El ruido de los motores me impidió escuchar las palabras del instructor, no obstante comprendí perfectamente que le trasmitía los conceptos claros de los que esperaba de él, y golpeándole amigablemente el pecho para aumentar su temple e indicándole que se pare al filo de la rampa. Allí su silueta se perfiló contra la luz que llegaba reflejada desde el suelo, a miles de pies allá abajo.

– ¡Ahora!

Fue la última orden... ¡El resto sería su única y exclusiva competencia!

Aquel joven, novel paracaidista, de cara a nosotros, se desprendió hacia abajo...

¡Se lanzaba a solas con su valor!

Por un instante mi retina captó sus brazos y piernas extendidos. Parecía un aspa humana que caía. ¡Qué desvalido y solitario me pareció! Me reconfortó saber que sobre su espalda portaba aquel paquete de cuerdas y tela, que gracias a su capacitación debía utilizar correctamente para llegar sano y salvo a tierra.

La sensación de calor debió desaparecer cuando dio el salto y traspuso el umbral de la rampa. Al ganar velocidad con el descenso al aire fresco de la altura lo debió sentir inundándole a borbotones los pulmones. En ocasiones esta velocidad alcanza los 300 kilómetros por hora. Bastaron segundos para desaparecer de mi vista, el resto lo imaginé. La caída profunda sería alterada por el pilotín que saldría disparada en el momento en que accionaba el puño cuerda para el despliegue del velamen, instantáneamente debió sentir como si una tromba le diera un fuerte tirón hacia arriba; después al sentirse sustentado y en



Los hombres de casco negro y traje camuflado eran alumnos de paracaidismo de la Fuerza de Operaciones Especiales

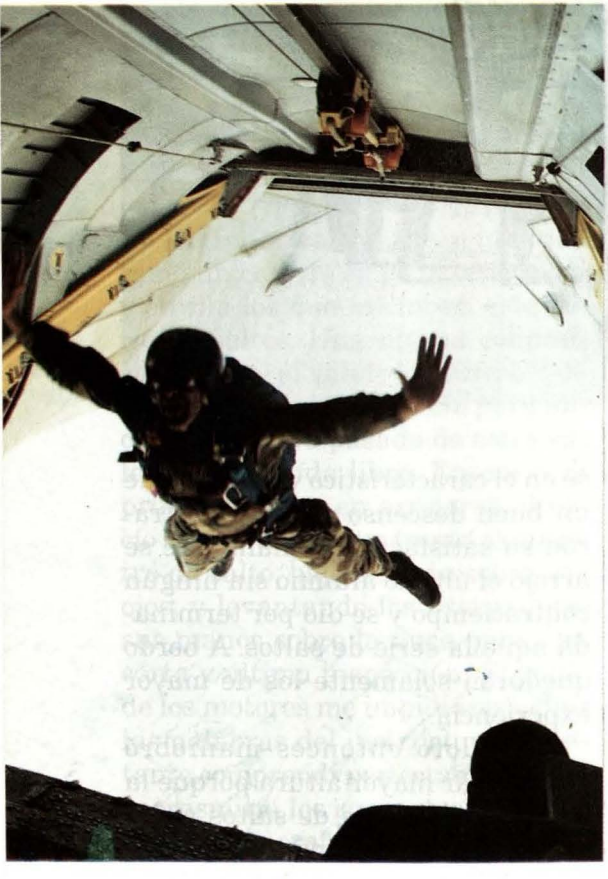
moderada caída, debió pensar que lo peor ya había pasado. Al tocar tierra se pondría de pie rápidamente para evitar ser arrastrado.

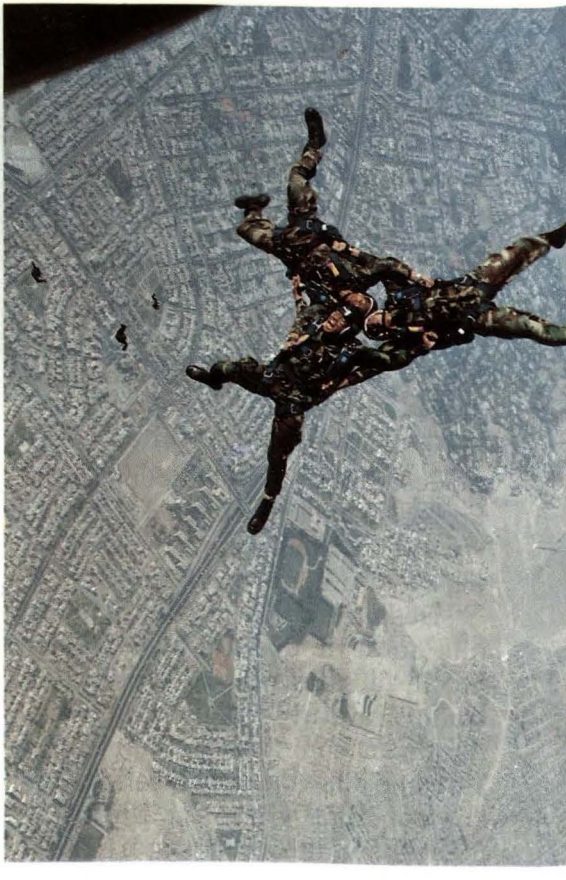
Después de él siguieron otros que en segundos fueron tragados por la distancia donde se fundían como diminutos puntos fugaces. Agudizando mi vista distinguía algo así como una voluta desprendida de sus espaldas y que instantáneamente se inflamaban convirtiéndose en el característico velamen. Fue un buen descenso y todos mostraron su satisfacción. Finalmente se arrojó el último alumno sin ningún contratiempo y se dio por terminada aquella serie de saltos. A bordo quedaron solamente los de mayor experiencia.

El piloto entonces maniobró para ganar mayor altura porque la próxima secuencia de saltos así lo exigía. Por momentos transparen-

tes vellones de nubes ocultaban la "T" de lona roja que era el blanco sobre el que debían caer, o al menos, lo más próximo a ella. Cuando el avión alcanzó la altitud requerida me fue posible abarcar de una sola mirada la falda de los cerros, el casco urbano y la orilla del mar.

Con la rampa nuevamente dispuesta para la segunda pasada, el primero en saltar me sorprendió. No lo hizo como los del grupo anterior, era otro su estilo y los que le siguieron lo confirmaron. Venían corriendo hasta el final de la rampa y se arrojaban en picada profiriendo un alarido triunfal que se apagaba en la distancia ¡Parecía como que se lanzaban alegremente a una piscina! Tres de ellos lo hicieron tomándose de los brazos y saltando al unísono, después los seguía otro para unírseles en pleno descenso. Era el disfrute pleno y consciente de su dominio sobre el miedo, dueño de su serenidad y pericia. Cuando los velámenes verde-oscuro estuvieron desplegados fue-







ron maniobrados para dirigirse sobre el blanco, rubricando así el perfecto descenso.

Estas prácticas rutinarias tienen la facultad de permitirles un mayor perfeccionamiento y dominio de este riesgoso medio de inspección táctico y donde los errores se cometen una sola vez... ¡y para siempre!

Hasta aquel momento todo se desarrollaba perfectamente. Pero luego sucedió aquello que no he podido olvidar y que hoy me ha llevado a redactarlo.

Observaba atentamente cómo se precipitaban, uno tras otro, cuatro de estos voladores cancheros, tres no tardaron en accionar sus pilotines. Entonces fijé la mirada en el último... ya casi lo perdía porque su cuerpo se confundía con los diversos tonos del suelo, no obstante alcancé a distinguir una oscura lengua ondulante que flameaba sobre su espalda sin sustentarlo. Miré por un segundo a mi alrededor y vi rostros tensos. Allí me di cuenta que el hombre que caía se encontraba en aquel instante, cara a cara con la muerte... ¡El velamen de su paracaídas no había logrado desplegarse!... ¡Y seguía en veloz caída!

Eran momentos angustiantes tanto para el paracaidista, que con-

tinuaba cada vez con mayor velocidad rumbo al suelo, como para los que nos correspondió ser impotentes testigos de aquel drama que se desarrollaba en fracciones de segundos. Finalmente cuando ya parecía ser el fin de un fatal desenlace, distinguí un punto rojo expandiéndose como un destello encarnado que se metamorfoseó en un florido hongo. Allí comprendí que el veterano paracaidista había ganado el desafío al pánico, accionando su equipo de reserva. En aquel preciso instante una andanada de hurras y vivas de sus compañeros de salto, fundió la tensión. Manifestaban de esta manera que, gracias a su serenidad y sangre fría había logrado salvar su vida.

Pero la emoción no terminó allí, porque después de aquel concierto de valor y destreza, desfilaron uno a uno los miembros del último grupo para intentar formar una figura geométrica con sus cuerpos mientras bajaban. La forma no se concretó, tal vez faltó un poquito de precisión, en el próximo salto seguro que lo lograrán y me gustaría estar allí para fotografiarlos.

Finalmente el maestro de salto, dueño de sí, se arrojó como una zaeta por el espacio, dándome la impresión que disfrutaba enormemente del dulce vértigo de la velocidad. En su libre caída lo vi desplegar los brazos, y prácticamente planear, dominando las alturas como lo hacen los grandes cóndores de nuestra patria cuando bajan al mar. Demás está decir que su participación fue impecable hasta tocar tierra. Este fue el perfecto corolario para una tarde de emociones violentas, pero controladas.

ISO 9002

PETROPERU



Concurso Nacional de Marinera – Trujillo.